

## PARTIDA Y REGRESO

RECUERDOS DE 1866

---

**Q**UERIDO Alberto: copio algunas páginas del libro de tus recuerdos. No te incomodes por ello: supuesto que no contribuyan á tu fama como literato, de seguro te honrarán en el doble concepto de hijo y de soldado. Perdóname, y agradéceme mi discreción, que si realmente quisiera abusar de la amistad que nos une, otros muchos secretos tuyos podría entregar á la pública voracidad.

### EN CASA

#### I

Perdidas las ilusiones y las alegrías de la juventud, cuando nada más me quede de ellas que su grata memoria, nada recordaré con tanta complacencia y dulce emoción como los últimos días de Abril y los primeros de Mayo del año 1866.

En mi vida había visto á Turín más alegre y encantadora. La inminencia de la guerra nacional esperada y deseada hacía tantos años, había despertado de repente la índole generosa y bélica de dicha ciudad. Con pasar á prima noche por cualquiera de las calles principales, podía comprenderse por el

bullicio, por la desusada animación de las gentes, por los numerosos grupos de obreros, de estudiantes y de muchachos, que pasaba algo extraordinario, que algo conmovía los ánimos de aquellas gentes, que se realizaba ó estaba realizándose algún suceso de importancia. Aquellas noches lo parecían de días de fiesta.

Eran días de aquellos en los cuales se mira con atención al soldado que se encuentra uno al paso; se hacen calendarios respecto de la pareja que cruzó la calle al galope, llevando un pliego entre la abertura del uniforme; la gente se detiene para ver pasar los convoyes y los trenes del ejército, y no hay manera de conservar el orden en las escuelas de niños; y los oficiales retirados hablan en voz alta en el café, con sus antiguos compañeros de profesión, sacudiendo furibundos puñetazos sobre el mármol de la mesa; y las madres se ponen tristes y preocupadas, y los jovencitos se vuelven locos, y las mujeres observan que no llaman tanto la atención, y dejan de entrometerse, como suelen, en todos los asuntos, en todos los deseos, en todos los propósitos, lo cual, á decir verdad, constituye una verdadera tiranía.

Lo que es Turín, sentía intensamente la poesía de aquellos días. Durante la mañana, en las avenidas de la plaza de armas se veían las familias, los parientes, los amigos de los soldados de la segunda reserva, que hacía pocos días fueron llamados, la mayoría de los cuales vestía aún sus trajes ordinarios, sombreros cilíndricos y gorros encarnados, elegantes calzones de color claro y zamarras de pastor alpestre, capotes negros y chaquetas remendadas. En derredor de los cuarteles un movimiento continuo de madres con líos y envoltorios debajo del brazo, de oficiales y de ordenanzas de la división y de la plaza, y una muchedumbre de curiosos que no se apartaban de la puerta, y dentro un movimiento y un ruido extraordinarios. Por la noche, detrás de la música y de la banda de tambores de la retreta, marchaba á compás una

muchedumbre inmensa en hileras de diez, de doce personas cogidas del brazo, que prorrumpía en gritos y cantos patrióticos llevando la animación á todos los extremos de la ciudad. En cuanto la música y los soldados penetraban en el cuartel, vivas, aplausos, apretones de manos: — ¡Hasta mañana, hasta mañana!— Todos parecían soldados. Yo te sentía allí, Piamonte.

## II

En tales días, ¡oh sí! valíamos mucho más.

La esperanza de aquella guerra solemne, merced á la cual debía ser reivindicada la libertad y restituida la patria á un pueblo tan ilustre, tan amado y que tanto había padecido; la convicción de que hasta las clases más humildes y desvalidas comprendían y adivinaban que era aquella una guerra justa, santa, legítima, y que era necesario é indispensable hacerla; el ver que los pobres muchachos del campo, rudos, ignorantes, corrían á alistarse en las filas del ejército con fe, con buena voluntad, participando desde luego, ya que no del entusiasmo, de la alegría común; el saber que acontecía lo propio en todas partes, que en todos los pueblos se apresuraban á inscribirse como voluntarios centenares de jóvenes de todas las clases y condiciones, á los cuales acompañaban los padres y hasta las madres, y que el pueblo los saludaba y los bendecía; que en aquella sorprendente unanimidad de deseos y esperanzas se confundían todos los sentimientos, y desaparecían las divisiones políticas, y sólo se escuchaba un solo y único grito; comunicaban al corazón una serenidad, una alegría, un bienestar tan grande, que tenía no poco de verdadera felicidad. Extinguíanse en lo íntimo del corazón las malas pasiones, las antiguas ofensas se perdonaban, apagábanse los odios, trocábanse en amigos los enemigos irrecon-

ciliables, y se echaba un velo sobre lo pasado. Aquel pensamiento constante, invariable, aquel afecto profundo que nos ocupaba sin cesar, nos comunicaba una energía, una vitalidad insólita y poderosa, que se revelaba en las palabras, en las miradas, en los ademanes, en todo. ¡Qué jovialidad, qué afectuosa armonía entre los amigos! ¡Cuán intensos, cuán puros, cuán elevados eran nuestros afectos y sentimientos! La primavera no se respiraba solamente en las flores, en el ambiente, en el espacio: sentíamosla en la sangre de nuestras venas, en los impulsos de nuestro espíritu, en los afectos de nuestro corazón; era como el soplo de una nueva vida virgen, que había penetrado hasta en las fibras más íntimas de nuestro ser. ¡Qué días aquellos! ¡Patria, patria, si siempre pudiéramos sentir de esa manera!

## III

Desde los primeros días en que se comenzó á hablar de la guerra, engendröse en mi mente una especie de confusión, que lejos de menguar, fué creciendo y aumentando paulatinamente hasta el punto de desaparecer aquélla para dar lugar á la certeza. Confusión he dicho, y es que no encuentro otra palabra para expresar el estado de mi ánimo: pensaba, hablaba y obraba como si me hubiese hallado sometido al influjo de un licor embriagador. Al principio agitación, después inquietud, luego verdadera fiebre, oleadas de sangre ardiente que se me subían á la cabeza, prurito de movimiento, necesidad de agitación, de aire, de luz, de música, de versos, é imposibilidad absoluta de fijar la mente en cosa alguna. Ni siquiera en el pensamiento de la guerra, porque el representarme con la imaginación sus hechos y acontecimientos, tanto más terribles cuanto más maravillosos, valía tanto como suprimir algo

importante de aquel pensamiento de un porvenir indeterminado, aventurero, desconocido, que me infundía tanta plenitud de vida y alegría tanta.

En casa no hallaba punto de reposo. Sacaba de la estantería una docena de volúmenes; de cada uno de ellos leía una página agitado, tembloroso, agitándome en la silla inquieto, y de pronto los cerraba con estrépito, los tiraba diciendo: — ¡No bastan; no bastan: no dicen cosa alguna de lo que bulle dentro de mí! — Abría un periódico: en aquellos días los periódicos echaban lumbre, daba una ojeada al entusiasta artículo de fondo, y hacía pedazos la hoja volandera: — ¡Esto no vale nada, Dios mío, esto es frío como el hielo! — Y dominado por repentina inspiración, me sentaba á la mesa, y escribía, y escribía, y escribía. — ¡Lo escribiré yo el artículo! — decía, y antes de que transcurrieran cinco minutos, rasgaba las cuartillas, y tiraba la pluma y el tintero, y exclamaba: — ¡Frío, todo frío! Hay para desesperarse. ¿Pero dime tú, madre mía, no hay en toda la literatura italiana algo que se parezca á esta fiebre que me devora? — ¡Berchet! — me decía tímidamente. — Berchet no, no, — contestábale yo con acento dramáticamente suave. — Berchet se deja llevar por la ira, Berchet odia, Berchet maldice, y yo en estos momentos amo, amo inmensamente, amo á todos, me siento hermano de todos, y estrecharía contra mi corazón á cuantos encuentro en la calle. ¡Hasta amo á los austriacos, madre mía! Tiraré á destruir los más que pueda, pero les amo, sí, les amo, porque gracias á ellos sacude Italia el marasmo en que se hallaba sumida, y levanta de nuevo la cabeza, y se muestra poderosa y bella y querida, y difunde en sus hijos todos ese indescriptible sentimiento de grandeza y alegría. ¡Muerte á los austriacos; pero viva, viva el Austria! ¡En mi vida me he sentido tan cristiano! — Después de lo cual me asomaba á la ventana, y el silencio que en la calle reinaba, era motivo para mí de profunda tristeza. — ¡Qué vergonzosa quietud! ¡qué